

LOS VIENTOS DEL CAMBIO

ISAAC ASIMOV

Jonas Dinsmore penetró en la Sala del Presidente del Club de la Facultad a su manera característica, como si fuera consciente de hallarse en un lugar al que pertenecía pero en el cual no era aceptado. La pertenencia se adivinaba en la seguridad de su paso y en el ruido casual de sus pies mientras caminaba. La no aceptación residía en las rápidas miradas de soslayo que lanzaba al entrar, una rápida revisión de cuántos enemigos había presentes.

Era profesor ayudante de física, y no era muy apreciado.

Había otras dos personas en la habitación, y Dinsmore podía considerarlas a las dos como enemigos, sin ser tomado por paranoide por ello.

Una era Horatio Adams, el viejo jefe del departamento que, sin haber hecho nunca ni una sola cosa que fuera notable, había acumulado sin embargo un enorme respeto por las numerosas cosas no remarcables pero perfectamente correctas que había hecho. El otro era Carl Muller, cuyo trabajo en la Teoría del Gran Campo Unificado lo había situado en la línea del Premio Nobel (que daba como probable), y de la presidencia de la universidad (que daba como segura).

Era difícil decir qué perspectiva consideraba más desagradable Dinsmore. Es completamente justo decir que detestaba a Muller.

Dinsmore se sentó en una esquina del sofá, que era viejo, resbaladizo y frío. Los dos confortables sillones de brazos estaban ocupados por los demás. Dinsmore sonrió.

Sonreía frecuentemente, aunque su rostro nunca parecía ni amistoso ni complacido como resultado de ello. Pese a que no había nada en su sonrisa que no fuera la normal curvatura de las comisuras de la boca, invariablemente ofrecía un efecto de frialdad a aquellos a quienes iba dirigido el gesto. Su redondo rostro, su escaso pero cuidadosamente peinado pelo, sus gruesos labios, todo aquello hubiera debido aportar jovialidad a su sonrisa..., pero no lo hacía.

Adams se agitó en lo que pareció ser un momentáneo espasmo de irritación que cruzó su largo rostro típico de Nueva Inglaterra. Muller, con su pelo casi negro y sus ojos de un incongruente color azul, pareció impasible.

—Caballeros, sé que soy un intruso aquí —dijo Dinsmore—. Pero no tengo otra elección. La junta directiva me ha pedido que estuviera presente. Puede que a ustedes les parezca quizá una acción cruel. Estoy seguro que usted, Muller, está esperando en cualquier momento una comunicación de la junta en la que diga que ha sido nombrado presidente. Parecería apropiado también que el renombrado profesor Adams, su mentor y superior, lo supiera. ¿Pero por qué, Muller, deberían reservar un similar privilegio para mí, su humilde y persistente rival?

»De hecho, sospecho que su primera acción como presidente, Muller, sería informarme que desde todos los puntos de vista sería mejor que empezara a buscarme alguna posición en cualquier otro sitio, puesto que mi contrato no iba a ser renovado pasado este año académico. Sería conveniente

decírmelo en seguida a fin que yo pudiera empezar a moverme de inmediato. Quizá no fuera muy considerado hacerlo, pero sí muy eficiente.

»Parecen trastornados, ustedes dos. Quizá yo sea injusto. Tal vez mi inmediata dimisión no esté en sus mentes; quizá estén dispuestos a esperar hasta mañana. Pero tal vez sean los miembros de la junta los que quieran ser más rápidos que nadie y pretendan decírmelo ellos mismos. No importa. De cualquier modo, parece que ustedes están dentro y yo estoy fuera. Y quizá eso parezca justo. La respetada cabeza de un gran departamento acercándose al atardecer de su carrera, así como su brillante protegido, cuyo dominio de los conceptos y gran maestría en las matemáticas no tiene paralelo, están preparados para recibir los laureles; mientras que yo, sin respeto ni honor...

»Puesto que así están las cosas, será amable por su parte que me dejen hablar sin interrumpirme. Tengo la sensación que el mensaje que aguardamos puede no llegar en los próximos minutos, quizá ni siquiera en la próxima hora. Un presentimiento. Los propios miembros de la junta puede que no sean adversos a crear un poco de suspenso. Este es su momento brillante, su fugaz instante de gloria. Y puesto que hay que pasar mientras tanto el tiempo, estoy dispuesto a seguir hablando.

»A algunas personas, antes de la ejecución, se les concede una última comida, a algunas un último cigarrillo; yo, unas últimas palabras. No necesitan escucharlas, supongo, ni siquiera aparentar que están interesados por ellas.

»... Gracias. Acepto su mirada de resignación, profesor Adams, como una aceptación. También acepto del mismo modo la ligera sonrisa, digamos que despectiva, del profesor Muller.

»No van a reprocharme, estoy seguro, el desear que la situación fuera distinta. ¿En qué sentido? Una buena pregunta. No deseo cambiar ni mi carácter ni mi personalidad. Puede que no sean demasiado satisfactorios, pero son míos. Como tampoco cambiaría la eficiencia política de Adams o la brillantez de Muller, porque, ¿qué hubiera traído consigo ese cambio, excepto que ellos dejaran de ser Adams y Muller? Desearía que ellos siguieran siendo ellos y, sin embargo..., que los resultados fueran distintos. Si uno pudiera ir hacia atrás en el tiempo, ¿qué pequeño cambio hubiera podido producir un amplio y deseable cambio ahora?

»Eso es lo que se necesitaría. ¡El viaje por el tiempo!

»Ah, qué chirriante reacción la suya, Muller. Era el claro inicio de una risotada. ¡El viaje por el tiempo! ¡Ridículo! ¡Imposible!

»No sólo imposible en el sentido que la técnica actual no está preparada para dicha finalidad, sino en el sentido más amplio que jamás estará preparada. El viaje por el tiempo, en el sentido de ir hacia atrás para cambiar la realidad, es no sólo imposible tecnológicamente hoy por hoy, sino que también es teóricamente imposible.

»Es extraño que usted siga pensando eso, Muller, puesto que sus teorías, cuyo análisis lleva a las cuatro fuerzas, incluida la gravitación, mensurablemente cerca de su inclusión bajo el paraguas de un solo conjunto de relaciones, hacen que el viaje a través del tiempo ya no sea teóricamente imposible.

»No, no se levante para protestar. Quédese sentado, Muller, y relájese. Para usted es imposible, estoy seguro. Para la mayoría de la gente también. Quizá para casi todo el mundo. Pero puede que haya excepciones, y resulta que yo soy una de ellas. ¿Por qué yo? ¿Quién sabe? No pretendo ser más brillante que cualquiera de ustedes dos, pero, ¿qué tiene que ver con esto?

»Déjenme ponerles una analogía. Consideren... Hace decenas de miles de años los seres humanos, poco a poco, ya fuera por su comportamiento masivo o gracias a unos pocos individuos brillantes, aprendieron a comunicarse. Fue inventada el habla, y se dedicaron delicadas modulaciones de sonido a representar significados abstractos.

»Durante miles de años, cualquier ser humano normal ha sido capaz de comunicarse, pero, ¿cuántos han sido capaces de contar una historia superlativamente bien? Shakespeare, Tolstoi, Dickens, Hugo..., un puñado, comparados con todos los seres humanos que han vivido, que han sido capaces de utilizar esos sonidos modulados para despertar las emociones humanas y alcanzar la sublimidad. Y sin embargo, han utilizado los mismos sonidos que usamos todos los demás.

»Estoy dispuesto a admitir que el C. I. de Muller, por ejemplo, es superior al de Shakespeare o Tolstoi. El conocimiento que posee Muller del idioma debe ser tan bueno como el de cualquier escritor vivo; su comprensión del significado de las cosas es tan grande como el de ellos. Y sin embargo, Muller es incapaz de situar varias palabras juntas y conseguir el efecto que consiguió Shakespeare. Ni el propio Muller es capaz de negar esto ni por un momento, estoy seguro. ¿A qué se debe, entonces, que Shakespeare y Tolstoi pudieran hacer lo que ni Muller ni Adams ni yo mismo somos capaces? ¿Qué sabiduría poseían que nosotros no podemos alcanzar? Ustedes no lo saben, y yo tampoco. Lo que es peor, ellos tampoco lo sabían. Shakespeare no hubiera podido enseñarles de ninguna de las maneras, ni a ustedes ni a nadie, cómo escribir tal como él lo hacía. Porque él no sabía como lo hacía..., simplemente lo hacía.

»Ahora tomemos en consideración la conciencia del tiempo. Por todo lo que podemos suponer, tan sólo los seres humanos, de todas las formas de vida, pueden captar el significado del tiempo. Todas las demás especies viven únicamente en el presente; puede que tengan vagos recuerdos; puede que posean imprecisas y limitadas premeditaciones..., pero seguramente tan sólo los seres humanos comprenden por completo el pasado, presente y futuro, y pueden especular acerca de su significado e importancia, pueden preguntarse sobre el fluir del tiempo, o cómo nos arrastra consigo, y cómo puede ser alterado ese fluir.

»¿Cuándo ocurre esto? ¿Cómo se llegó a ello? ¿Quién fue el primer ser humano, u homínido que de pronto captó la forma en que el río del tiempo lo arrastraba del impreciso pasado al impreciso futuro, y se preguntó si podía ser contenido o desviado?

»El fluir no es invariable. El tiempo corre a veces muy rápidamente para nosotros; las horas se desvanecen en lo que parecen minutos..., mientras que en otras ocasiones se arrastran desmedidamente. En los estados de sueño, en los trances, en las experiencias con drogas, el tiempo altera sus propiedades.

»Parece que quiere hacer usted algún comentario, Adams. No se moleste. Va a decir usted que esas alteraciones son puramente psicológicas. Lo sé, pero, ¿acaso existe algo más aparte de lo psicológico?

»¿Es físico el tiempo? Y si lo es, ¿qué es el tiempo físico? Seguramente es cualquier cosa que elijamos que sea. Nosotros diseñamos los instrumentos. Nosotros interpretamos las medidas. Nosotros creamos las teorías y luego las interpretamos. Y de un absoluto, hemos convertido el tiempo y lo hemos hecho la criatura de la velocidad de la luz, y hemos decidido que la simultaneidad es indefinible.

»Por su teoría, Muller, sabemos que el tiempo es enteramente subjetivo. En teoría, alguien comprendiendo la naturaleza del fluir del tiempo puede, si se le proporciona el talento suficiente, moverse independientemente con o contra su fluir; o permanecer inmóvil en él. Esto es análogo a la forma en que alguien, si se le proporcionan los símbolos de comunicación, puede escribir *El Rey Lear* si dispone del talento suficiente. Si dispone del talento suficiente.

»¿Y si yo dispusiera de ese talento suficiente? ¿Y si yo pudiera ser el Shakespeare del fluir del tiempo? Vamos, divirtámonos un poco. En cualquier momento llegará el mensaje de la junta directiva, y tendré que callarme. Hasta entonces, sin embargo, puedo permitirme seguir con mi charla. Sirve como distracción. Miren, dudo que se hayan dado cuenta que ya han pasado quince minutos desde que he empezado a hablar.

»Piensen, entonces... Si yo pudiera hacer uso de la teoría de Muller y descubrir dentro de mí mismo la sorprendente habilidad de tomar ventaja de ella, del mismo modo que Homero lo hizo con las palabras, ¿qué haría con mi don? Podría retroceder en el tiempo, quizá, como un espectro, observando desde el exterior todo el esquema del tiempo y los acontecimientos, a fin de alcanzarlos en un lugar y momento determinados y efectuar un cambio.

»Oh, sí, estaría fuera de la corriente del tiempo mientras viajaba. Su teoría, Muller, propiamente interpretada, no insiste en que, al moverse hacia atrás en el tiempo, o hacia adelante, uno deba hacerlo a través de la densidad del flujo, tropezando con los acontecimientos y golpeándolos a su paso. Lo cual, por supuesto, sería teóricamente imposible. Permanecer fuera corresponde al área de las posibilidades; y entrar y salir a voluntad corresponde al área del talento personal.

»Supongamos, entonces, que yo conseguí eso; que retrocedí por fuera del tiempo, me introduje de nuevo en él, e hice un cambio. Ese único cambio dio nacimiento a otros..., los cuales a su vez dieron nacimiento a otros... El tiempo iniciaría un nuevo sendero que cobraría vida por sí mismo, curvándose y espumando hasta que, en muy poco tiempo...

»No, esa expresión es inadecuada. “El tiempo, en muy poco tiempo...” Es como si estuviéramos imaginando alguna referencia abstracta y absoluta parecida al tiempo contra el cual puede ser medido nuestro tiempo; como si nuestro propio entorno de tiempo estuviera fluyendo contra otro entorno más profundo. Confieso que es algo que está más allá de mí, pero intenten comprenderlo.

»Cualquier cambio en los acontecimientos del tiempo, tras un... cierto lapso..., alteraría todo hasta hacerlo irreconocible.

»Pero yo no deseaba eso. Ya se lo dije al principio, no quiero dejar de ser yo. Incluso aunque en mi lugar pudiera crear a alguien que fuera más inteligente, más sensible, que tuviera más éxito, seguiría sin ser yo.

»Tampoco deseo que cambie usted, Muller, o usted, Adams. También dije eso ya. No deseo triunfar sobre un Muller que sea menos ingenioso y espectacularmente brillante, o sobre un Adams que sea menos político y hábil en montarse una imponente estructura de respeto. Deseo triunfar sobre ustedes tal como son, y no sobre unos seres más débiles.

»Bien, sí, es el triunfo lo que deseo.

»... Oh, vamos. Se agitan ustedes como si hubiera dicho algo indigno. ¿Una sensación de triunfo es algo tan extraño para ustedes? ¿Están tan muertos a la humanidad que no buscan el honor, la

victoria, la fama, las recompensas? ¿Tengo que suponer que el respetado profesor Adams no desea poseer su larga lista de publicaciones, su venerable hilera de títulos honoríficos, sus numerosas medallas y placas, su puesto como cabeza de uno de los más prestigiosos departamentos de física del mundo?

»¿Y estaría usted satisfecho de tener todo eso, Adams, si nadie llegara a saberlo nunca; si su existencia fuera borrada de todos los registros y libros de historia; si tuviera que convertirse en un secreto entre usted y el Altísimo? Una pregunta estúpida. Por supuesto, no voy a pedir una respuesta, cuando todos nosotros sabemos cuál va a ser.

»Y no necesito enumerar las mismas argumentaciones con respecto al potencial Premio Nobel de Muller y lo que parece como una segura presidencia universitaria..., y de esta universidad.

»¿Qué es lo que ustedes dos desean de todo esto, considerando que desean no sólo las cosas en sí sino también el conocimiento público de su propiedad de tales cosas? ¡Seguro que desean ustedes el triunfo! Desean el triunfo sobre sus competidores como una cosa abstracta, el triunfo sobre sus semejantes. Desean ustedes hacer algo que otros no pueden hacer, y conseguir que esos otros sepan que ustedes han hecho algo que ellos no pueden hacer, de modo que cuando les miren lo hagan con una ineludible conciencia de ese hecho y con una envidia y reforzada admiración.

»¿Debo ser yo más noble que ustedes? ¿Por qué? Déjenme tener el privilegio de desear lo que ustedes desean, de anhelar el triunfo que han anhelado ustedes. ¿Por qué no debería yo desear el respeto, el gran premio, la alta posición que les aguarda a ustedes dos? ¿Y hacer todo eso en su lugar? ¿Arrancárselo en el momento en que van a alcanzarlo? Le hago menos ascos que ustedes a la gloria.

»Ah, pero ustedes se la merecen, y yo no. Ese es precisamente el asunto. ¿Qué ocurriría si yo arreglara el flujo y el contenido del tiempo de modo que yo la mereciera y ustedes no?

»¡Imagínenlo! Yo seguiría siendo yo; ustedes dos seguirían siendo ustedes dos. No serían menos valiosos, y yo no sería más valioso, puesto que esa es la condición que yo mismo me habría establecido, que ninguno de nosotros cambiara, y sin embargo yo la merecería y ustedes no. En otras palabras, deseo ganarles tal como son ustedes ahora, y no como sustitutos inferiores.

»En un cierto sentido, eso es un tributo hacia ustedes, ¿no? Veo por su expresión que piensan que sí lo es. Los imagino a ambos sintiendo una especie de despectivo orgullo. Después de todo, es algo convertirse en el estándar por el cual se mide la victoria. Disfrutan ustedes oyendo recitar los méritos que poseen y que yo anhelo..., especialmente sabiendo que ese anhelo va a quedar insatisfecho.

»No les culpo por sentir de ese modo. En su lugar, yo sentiría lo mismo.

»Pero, ¿va a quedar mi anhelo insatisfecho? Piénsenlo...

»Supongan que he ido hacia atrás en el tiempo, digamos veinticinco años. Una cifra encantadora; exactamente un cuarto de siglo. Usted, Adams, tenía cuarenta años. Había acabado de llegar aquí, como profesor titular, tras su cese en el Case Institute. Había hecho allí un buen trabajo en diamagnética, aunque su esfuerzo en conseguir algo con el hipocromito de bismuto, del que no informé a nadie, fue un fracaso que hubiera hecho reír a todo el mundo.

»Cielos, Adams, no se muestre tan sorprendido. No creerá que no conozco su vida profesional hasta el más mínimo detalle...

»Y en cuanto a usted, Muller, tenía por aquel entonces veintiséis años, y estaba enfrascado en el proceso de elaborar su tesis doctoral sobre la relatividad general, que fue algo fascinante por aquel entonces, pero que es mucho menos satisfactoria en retrospectiva de lo que fue en aquel tiempo. Si hubiera sabido interpretarla correctamente, hubiera anticipado la mayor parte de las conclusiones posteriores de Hawking, como bien sabe ahora. Pero no la interpretó correctamente entonces, y ha conseguido usted ocultar ese hecho con éxito hasta hoy.

»Me temo, Muller, que no es usted muy bueno en la interpretación. No interpretó su propia tesis doctoral para sacarle el mejor provecho, y no ha interpretado correctamente su gran Teoría del Campo. Quizá, Muller, no sea una desgracia tampoco. La falta de interpretación es un acontecimiento común. Puede que no poseamos el *knack* interpretativo, y el talento de extraer consecuencias viables puede que no se produzca en la misma mente que posee el talento de la brillantez de conceptos. Yo poseo lo primero sin lo segundo, así que, ¿por qué no debería poseer usted lo segundo sin lo primero?

»Si tan sólo pudiera usted crear sus maravillosos pensamientos, Muller, y dejar que yo me encargara de las igualmente maravillosas conclusiones. Qué equipo podríamos formar usted y yo, Muller..., pero usted no querría saber nada de mí. No me quejo por ello, porque yo tampoco querría saber nada de usted.

»En cualquier caso, todo eso carece de importancia. No puedo hacerle ningún daño de ninguna manera, Adams, con el asunto de su estúpido fracaso con las sales de bismuto. Después de todo, consiguió usted, aunque con una cierta dificultad, ocultar su error antes de embalsamarlo en las páginas de alguna revista científica..., de modo que se libró de cualquier tipo de enjuiciamiento. Y no puedo nublar el sol que brilla sobre usted, Muller, señalando su fracaso en deducir lo que hubiera podido ser deducido de sus conceptos. Podría considerarse incluso como una medida de su genio; había tantas cosas apiñándose en su pensamiento que ni siquiera usted era lo suficientemente genial como para extraer de todo aquello un gramo más de consecuencias.

»Pero si pudiera hacerlo, ¿qué ocurriría? ¿Cómo podrían cambiar las cosas del modo que yo quiero? Afortunadamente, pude estudiar la situación durante un lapso de... lo que sea..., que mi conciencia podía interpretar como años, sin que el tiempo transcurriera físicamente para mí, de modo que no envejecía en absoluto. Mis procesos mentales seguían adelante, pero mi metabolismo físico no.

»Sonríen ustedes de nuevo. No, no sé cómo se produce el fenómeno. Seguramente nuestros procesos mentales son parte de nuestros cambios metabólicos. Sólo puedo suponer que, fuera del flujo del tiempo, los procesos mentales no son procesos mentales en su sentido físico, sino algo distinto que es su equivalente.

»Y si estudio un momento determinado en el tiempo, y busco un cambio que pueda dar como resultado lo que yo deseo que dé, ¿cómo puedo hacerlo? ¿Podía efectuar el cambio, avanzar por el tiempo, estudiar las consecuencias y, si no me gustaban, volver de nuevo hacia atrás, volver a cambiar el cambio, e intentar otro? Si lo hacía cincuenta veces, mil veces, ¿podría terminar hallando el cambio correcto? El número de cambios, cada uno de ellos con innumerables consecuencias, cada uno de ellos con posteriores innumerables consecuencias, es algo que está más allá de todo cálculo o comprensión. ¿Cómo podía descubrir el cambio que estaba buscando?

»Pero podía. Podía aprender cómo, y no puedo decirles cómo lo aprendí, o lo que hice después de haberlo aprendido. ¿Es algo tan difícil? Piensen en las cosas que normalmente aprendemos.

»Estamos de pie, andamos, corremos, saltamos..., y lo hacemos todo sin pensar siquiera que nos hallamos constantemente en equilibrio sobre un extremo de nuestro cuerpo. Estamos en un completo estado de inestabilidad. Permanecemos en pie solamente gracias a que los gruesos músculos de nuestras piernas y torso están constantemente contrayéndose y distendiéndose lo suficiente como para mantener el equilibrio de nuestro cuerpo, como un equilibrista circense manteniendo en equilibrio una pértiga sobre la punta de su nariz.

»Físicamente, es difícil. Es por eso por lo que permanecer mucho tiempo en pie inmóviles nos resulta siempre desagradable, y agradecemos el poder sentarnos al cabo de un rato. Es por eso por lo que permanecer en posición de firmes durante un período de tiempo excesivamente largo puede conducirnos al colapso. Sin embargo, excepto cuando lo llevamos a sus extremos, lo resistimos bastante bien, ni siquiera somos conscientes de estarlo haciendo. Podemos estar de pie y andar y correr y saltar y pararnos durante todo el día y no caernos nunca, o ni siquiera perder seriamente el equilibrio. Bien, descríbanme cómo lo hacen de un modo que alguien que jamás lo ha probado pueda hacerlo también. No pueden.

»Otro ejemplo. Podemos hablar. Podemos tensar y contraer los músculos de nuestra lengua y labios y mejillas y paladar en una rápida y arrítmica sucesión de cambios que producen exactamente la modulación de sonidos que deseamos. Resulta bastante difícil de aprender cuando somos niños, pero una vez lo hemos aprendido, podemos producir docenas de palabras por minuto sin ningún esfuerzo consciente. Bien, ¿cómo lo hacemos? ¿Qué cambios producimos para decir “Como lo hacemos”? Descríbanle esos cambios a alguien que jamás ha hablado, de modo que pueda emitir esos mismos sonidos. No se puede.

»Pero podemos producir los sonidos. Y sin el menor esfuerzo.

»Disponiendo del tiempo suficiente..., ni siquiera sé cómo describir lo que quiero dar a entender. No es tiempo; llamárnosle “duración”.

Disponiendo de la suficiente duración sin paso del tiempo, aprendí cómo ajustar la realidad del modo que deseaba. Era como un niño balbuceando, pero aprendiendo gradualmente a captar y elegir entre sus propios balbuceos los sonidos adecuados para construir palabras. Aprendí a elegir.

»Era arriesgado, por supuesto. En el proceso de aprendizaje pude cometer algo irreversible; o al menos algo que, para invertir su efecto, hubiera requerido cambios sutiles que estaban más allá de mí. No me ocurrió. Quizá tuve mejor suerte que nadie.

»Y empecé a gozar con ello. Era como pintar un cuadro, modelar una escultura, era mucho más que eso; era tallar una nueva realidad... Una nueva realidad sin ningún cambio con respecto a nuestra en sus puntos clave. Seguí siendo exactamente quien soy; Adams siguió siendo el eterno Adams; Muller, el quintaesencial Muller. La universidad siguió siendo la universidad; la ciencia, la ciencia.

»Bien, entonces, ¿no cambió nada? Pero estoy perdiendo su atención. Ya no creen en mí y, si soy buen juez, sienten un desprecio burlón hacia lo que estoy diciendo. Me parece que me he dejado arrastrar por mi entusiasmo y he empezado a actuar como si el viaje por el tiempo fuera algo real y yo hubiera hecho realmente lo que hubiera deseado hacer. Perdónenme. Considérenlo todo una

imaginación..., una fantasía... Estoy refiriéndome a lo que yo hubiera hecho si el viaje por el tiempo fuera algo real y si yo hubiera tenido realmente el talento como para efectuarlo.

»En ese caso..., en mi imaginación..., ¿no cambió nada? Tenía que haberse producido algún cambio; uno que hubiera dejado a Adams siendo exactamente Adams pero le hubiera incapacitado para ser el jefe del departamento; a Muller seguir siendo Muller, y sin embargo retirarle toda posibilidad de convertirse en el presidente de la universidad y sin muchas posibilidades de ser elegido para el Premio Nobel.

»Y yo tenía que seguir siendo yo mismo, detestado y complotando contra todo, e incapaz de crear..., y sin embargo poseyendo las cualidades que podían hacerme a mí presidente de la universidad.

»No podía ser nada científico; tenía que ser algo completamente apartado de la ciencia; algo desagradable y sórdido que descalificara a dos excelsos caballeros...

»Oh, vamos. No merezco esas miradas de desdén y presumida auto-satisfacción. ¿Están completamente seguros que en sus vidas no han hecho nada desagradable y sórdido? ¿Cómo pueden estar seguros? ¿Ninguno de los dos, si las circunstancias se han presentado, ha caído en lo que podríamos llamar... pecado? ¿Quién de nosotros ha podido resistirse a él, si la tentación ha sido la adecuada? ¿Quién de nosotros está sin pecado?

»Piensen, piensen... ¿Están seguros que sus almas son puras? ¿No han hecho nada equivocado, nunca? ¿Nunca han caído en el pozo? Y si han conseguido no caer, ¿no ha sido gracias a unas circunstancias afortunadas, debidas más a la casualidad que a su propia virtud interior? Y si alguno de ustedes ha estudiado detenidamente todas sus acciones y notado los golpes de fortuna que lo han mantenido a salvo y lo han librado del peligro en alguna ocasión, ¿cree que nunca ha obrado mal?

»Por supuesto, si hubieran vivido unas vidas completamente pecaminosas y sórdidas, hasta el punto que la gente les volviera la espalda con desdén y desagrado, nunca hubieran podido alcanzar sus actuales puestos honorables. Hubieran caído en desgracia hace mucho tiempo, y yo no hubiera podido subirme sobre sus cuerpos en desgracia, porque ustedes no estarían ahora aquí para servirme de peldaños.

»¿Se dan cuenta de lo complejo que es todo esto?

»Pero cuanto más complejo, más excitante. Si yo fuera hacia atrás en el tiempo y descubriera que la solución no era compleja, que con un solo golpe podía conseguir mi meta, podría extraer un cierto placer de todo ello y de sus resultados, pero me faltaría la excitación intelectual.

»Si estuviéramos jugando al ajedrez y supiera que apenas empezar iba a hacerles mate en tres jugadas, sería una victoria peor que una derrota. Estaría jugando contra un oponente muy por debajo de mi altura, me sentiría avergonzado haciéndolo.

»No. La victoria que vale la pena es aquella que debe arrancarse lenta y dolorosamente de la reluctantante presa del adversario; una victoria que parece inalcanzable; una victoria que es tan agotadora, tan torturante, tan desesperada como la peor de las derrotas, pero en la que, a diferencia de esta última, mientras estás resollando y jadeando en un total agotamiento tienes en tu mano el gallardete por el que estás luchando, el trofeo.

»La duración que pasé luchando con el más indomeñable de todos los materiales, la realidad, estuvo llena con todas las dificultades que yo mismo había establecido. Insistí tercamente no sólo en conseguir mi meta, sino también en conseguirla a mi manera; rechazando todo lo que no fuera exactamente tal y como yo deseaba que fuera. Un fracaso relativo era considerado por mí como un fracaso total; un casi logro era eliminado como si no fuera un logro en absoluto. En mi blanco, tenía que acertar en el centro mismo de la diana y en ningún otro sitio.

»E incluso una vez hubiera vencido, tenía que ser una victoria tan sutil que ustedes no supieran que yo había vencido hasta que yo les hubiera explicado el asunto hasta su más mínimo detalle. Hasta el último momento no tenían que saber ustedes que su vida había dado un vuelco completo. Es por eso que...

»Pero esperen, me he dejado algo. He estado tan absorto en la intensidad de mi exposición relativa a nosotros y la universidad y la ciencia, que no he explicado que otras cosas, por supuesto, iban a cambiar profundamente. Habría multitud de cambios en las fuerzas sociales, políticas y económicas, así como en las relaciones internacionales. Pero, ¿a quién le importan esas cosas, después de todo? Evidentemente, no a nosotros tres.

»Esa es la maravilla de la ciencia y de los científicos, ¿no? ¿No es gracias a nosotros que se efectúan las elecciones en nuestros queridos Estados Unidos, o se vota en las Naciones Unidas, o sube o baja la bolsa, o la interminable danza de las naciones sigue uno u otro ritmo? Mientras la ciencia siga aquí y las leyes de la naturaleza estén firmemente sujetas y el juego que jugamos nosotros continúe, el fondo contra el cual jugamos es tan sólo una sucesión de luces y sombras sin significado.

»Quizá usted no crea abiertamente en esto, Muller. Sé muy bien que usted, en su tiempo, se sintió parte de la sociedad y efectuó declaraciones públicas acerca de esto y de aquello. En un grado menor, también lo hizo usted, Adams. Los dos pronunciaron exaltados discursos relativos a la Humanidad y a la Tierra y a otras varias abstracciones. Hasta qué punto lo hicieron, sin embargo, es algo que tendrán que sondear ustedes en sus propias conciencias, porque en el fondo, muy en el fondo, realmente no les importa nada de eso, mientras puedan seguir cómodamente sentados sobre sus pensamientos científicos.

»Esa es una de las grandes diferencias entre nosotros. A mí no me importa lo que le ocurra a la Humanidad mientras yo pueda seguir ocupándome de mi física. Soy completamente abierto al respecto; todo el mundo me conoce como un cínico y un insensible. A ustedes tampoco les importa, pero secretamente. Al cinismo y a la insensibilidad que me caracterizan, ustedes añaden la hipocresía, que encubre sus pecados a los irreflexivos, pero los hace peores cuando son descubiertos.

»Oh, no agiten sus cabezas. En mi búsqueda a lo largo de sus vidas he descubierto tanto sobre ustedes como lo que ustedes mismos saben; más, puesto que he visto claramente sus pecados menores, que ustedes mantienen ocultos incluso para ustedes mismos. Lo más divertido acerca de la hipocresía es que una vez ha arraigado con la suficiente fuerza, alinea al propio hipócrita entre sus víctimas. De hecho, es su principal víctima, puesto que resulta muy habitual que cuando el hipócrita es expuesto a todo el mundo, sigue pareciendo, honestamente, un santo para sí mismo.

»Pero les estoy diciendo todo esto no para difamarles. Se los digo a fin de explicarles que, si consideré necesario cambiar el mundo para mantenerlos a ustedes sin cambios, y situarme yo por encima de ambos, a ustedes no les importa realmente..., no en lo que al mundo respecta.

»A ustedes no les importa que los republicanos estén en el poder y los demócratas hayan perdido, o viceversa; que el feminismo esté en pleno florecimiento y los deportes profesionales hayan quedado ensombrecidos; que haya variado la moda en lo que se refiere a ropas, muebles, música o comedia. ¿Les importa eso algo a cualquiera de ustedes?

»En absoluto.

»De hecho, les importa menos que nada, porque si el mundo hubiera cambiado, habría ahora una nueva realidad; la realidad que afecta a la gente del mundo; la única realidad, la realidad de los libros de historia, la realidad que ha sido real a lo largo de los últimos veinticinco años.

»Si ustedes me creyeran, si pensarán que les estoy planteando algo más que una fantasía, seguirían siendo impotentes. Podrían acudir a alguien con la suficiente autoridad y decirle: “Esta no es la forma en que se supone que deben ser las cosas. Han sido alteradas por un villano”. ¿Qué probaría eso, excepto que están ustedes locos? ¿Quién creería que esa realidad no es la realidad, cuando es el hilo con el que ha sido tejido un tapiz increíblemente intrincado a lo largo de veinticinco años, y cuando todo el mundo recuerda la forma en que ha sido tejido y vive esa misma trama?

»Pero ustedes no me creen. Se atreven a no creer que no estoy simplemente especulando acerca de haber ido hacia atrás al pasado, acerca de haberlos estudiado a los dos, acerca de haber trabajado para crear una nueva realidad en la cual ninguno de nosotros tres ha cambiado pero sí el mundo a nuestro alrededor. Yo he hecho esto; yo lo he hecho todo. Y únicamente yo recuerdo ambas realidades, porque yo estaba fuera del tiempo cuando fue efectuado el cambio, y yo lo hice.

»Y sin embargo siguen sin creerme. Se atreven a no creerme, porque pensarían que están locos si lo creyeran. ¿Puedo haber alterado yo ese mundo familiar de mil novecientos ochenta y dos? Imposible.

»Si lo hubiera hecho, ¿qué mundo podía haber sido este antes que yo lo manipulara? Se lo diré..., ¡era caótico! ¡Estaba lleno de permisividad! ¡Las personas dictaban normas para sí mismas! En una cierta manera, estoy contento de haberlo cambiado. Ahora tenemos un gobierno, y el país es gobernado. Nuestros gobernantes tienen firmes propósitos, y se encargan de hacerlos cumplir. ¡Excelente!

»Pero, caballeros, en ese mundo que existía antes, esa antigua realidad que ya nadie puede conocer o concebir, ustedes dos, caballeros, dictaban normas para sí mismos, y luchaban en favor de la permisividad y la anarquía. No había crimen en la antigua realidad. Para muchos resultaba admirable.

»En la nueva realidad, les he dejado a ambos tal como eran antes. Han seguido siendo luchadores en pro de la permisividad y la anarquía, y eso es un crimen en la actual realidad; la única realidad que conocen ustedes. Me he asegurado que hayan podido mantenerlo oculto. Nadie ha sabido nunca de sus crímenes, y gracias a ello han sido capaces de ascender hasta sus puestos actuales. Pero yo sabía dónde estaban las pruebas y cómo podían ser descubiertas y, en el momento adecuado..., las he descubierto.

»Ahora creo que puedo captar por primera vez expresiones en sus rostros que no corresponden a la hastiada tolerancia, al desprecio, a la ironía o al aburrimiento. ¿Capto un aleteo de miedo? ¿Recuerdan ahora de lo que estoy hablando?

»¡Piensen! ¡Piensen! ¿Quiénes eran miembros de la Liga en pro de las Libertades Constitucionales? ¿Quién ayudó a poner en circulación el *Manifiesto del Libre Pensamiento*? Fue muy valiente y honorable por su parte hacer eso, piensa alguna gente. Fueron muy aplaudidos por la ilegalidad. Vamos, vamos, saben muy bien a lo que me refiero cuando digo ilegalidad. Ahora ya no son miembros activos. Su posición es demasiado expuesta, y tienen mucho que perder. Tienen posición y poder, y hay más aún en camino. ¿Por qué arriesgarse por algo que la gente no desea?

»Llevan ustedes colgadas sus insignias, y están considerados entre los devotos. Pero mi insignia es mucho mayor y soy mucho más devoto, porque yo no he cometido sus crímenes. Lo que es más, caballeros, se me ha concedido el crédito de haber informado contra ustedes.

»¿Un acto vergonzoso? ¿Un acto escandaloso? ¿El haber informado? En absoluto. Debería ser recompensado. Me he sentido horrorizado ante la hipocresía de mis colegas, disgustado y lleno de náuseas ante su subversivo pasado, preocupado por lo que podían estar complotando ahora contra la mejor y más noble y más devota sociedad jamás establecida sobre la Tierra. Como resultado de todo ello, he presentado todo esto a la atención de los hombres decentes que ayudan a llevar adelante la política de esta sociedad dentro de una auténtica sobriedad de pensamiento y humildad de espíritu.

»Ellos lucharán contra sus demonios para salvar sus almas y convertirlos en auténticos hijos del Espíritu. Sus cuerpos sufrirán algún daño en el proceso, imagino, ¿pero eso qué importa? Será un costo trivial comparado con el enorme y eterno bien que recibirán a cambio. Y yo seré recompensado por haber hecho todo eso posible.

»Creo que ahora están ustedes realmente asustados, caballeros, porque el mensaje que todos estamos aguardando está llegando ya, y comprenden ahora por qué se me ha pedido que permanezca aquí con ustedes. La presidencia es mía, y mi interpretación de la teoría de Muller, combinada con la desgracia de Muller, hará que la teoría de Dinsmore figure en los libros de texto y puede que me lleve hasta el Premio Nobel. En cuanto a ustedes...

Hubo un sonido de pasos marciales al otro lado de la puerta; un estentóreo grito de: «¡Alto!».

La puerta se abrió de golpe. Entró un hombre, cuyo austero traje gris, amplio cuello blanco, sombrero alto adornado con un hebilla y enorme cruz de bronce lo proclamaban como capitán de la temida Legión de la Decencia.

Nasalmente dijo:

—Horatio Adams, queda arrestado en nombre de Dios y de la Congregación por el crimen de magia y brujería. Carl Muller, queda arrestado en nombre de Dios y de la Congregación por el crimen de magia y brujería.

Su mano hizo un breve y rápido gesto. Dos legionarios de su escolta avanzaron hacia los dos físicos, que permanecían sentados en estupefacto horror en sus sillones, los pusieron bruscamente en pie, colocaron esposas en sus muñecas y, con un gesto inicial de humildad hacia el sagrado símbolo, arrancaron las pequeñas cruces que colgaban de sus solapas.

El capitán se volvió hacia Dinsmore.

—Vuestro en santidad, señor. Se me ha pedido que le entregue este comunicado de la junta directiva.

—Vuestro en santidad, capitán —dijo Dinsmore gravemente, acariciando la cruz que colgaba de su solapa—. Me regocija recibir las palabras de esos devotos hombres.

Sabía lo que contenía la comunicación.

Como nuevo presidente de la sociedad, podía, si quería, aliviar algo el castigo de los dos hombres. Su triunfo sería suficiente incluso si lo hacía.

Pero sólo lo haría si se sentía seguro.

Y bajo el poder de la Mayoría Moral, tuvo que recordar, nadie estaba completamente seguro.

FIN

Libros Tauro